



CAPÍTULO XX

HUMANISMO Y REVOLUCION

Gajo Petrović

I

La filosofía marxista, según la interpretación stalinista, fue concebida como una combinación de: 1) “materialismo dialéctico”, una ontología-epistemología filosófica abstracta, y 2) “materialismo histórico”, una perspectiva economicista y antifilosófica de la historia. La tarea del primero era formular las leyes más generales, “dialécticas”, de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano, y también aclarar la relación entre “mente” y “materia” (“espíritu” y “naturaleza”, “pensamiento” y “ser”). La tarea del segundo era determinar la relación entre el “ser social” y la “conciencia social” (o entre la “infraestructura” y la “superestructura” sociales) y descubrir las “leyes” básicas del desarrollo histórico. Ninguno de los dos contenía una teoría explícita del hombre. No obstante, aunque rechazaron la misma posibilidad de un concepto filosófico del hombre, los stalinistas, de hecho, elaboraron un concepto “economicista”, vulgar, del hombre, según el cual éste es básicamente un “animal constructor de herramientas” un ser cuya actividad total está determinada por su producción económica.

Un buen número de marxistas que criticaron al stalinismo durante la década de 1950 y principios de la de 1960 sostuvieron que ésta era una interpretación errónea de los puntos de vista de Marx, que éste tenía un concepto diferente del hombre, un concepto según el cual el hombre no era un animal económico, sino un ser libre, creador de praxis, un ser que sin duda podía ser alienado de sus posibilidades creadoras, pero que también podía desalienarse y desarrollar su verdadera naturaleza humana. Semejante concepto del hombre, de acuerdo con este punto de vista, desempeñó un importante papel en el pensamiento de Marx, que así debía considerarse como una nueva forma de humanismo. No todos los que vieron a Marx como un humanista coincidían totalmente en sus puntos de vista, pero muchos estaban de acuerdo en que la filosofía de Marx no es una pura ontología que se ocupa de las “leyes objetivas” generales del universo sin considerar al hombre, ni una teoría social concreta que prescindiera del concepto general de hombre. Y algunos interpretan al marxismo como una “ontología-antropología” concentrada en el concepto de hombre como ser libre y creador que requiere un cambio revolucionario de la sociedad existente.

Esta interpretación dio a la filosofía marxista nueva vida tanto en la teoría como en la práctica. No sólo abrió nuevas perspectivas para muchos interesantes problemas teóricos que estaban suprimidos u “olvidados” en el stalinismo, sino que también inspiró a muchas personas en su lucha práctica contra el stalinismo, en busca de una forma verdaderamente humana de socialismo. Naturalmente, provocó los más acerbos ataques de las filas del stalinismo internacional. De este modo, los representantes de la interpretación humanista del marxismo fueron acusados de “revisionistas”, “humanistas abstractos”, “idealistas”, “burgueses liberales”, etcétera. Proviendo de una perspectiva de grosero dogmatismo, estos ataques no deben considerarse como un peligro teórico para la nueva concepción de la filosofía marxista. No obstante, durante la década de 1960 la interpretación humanista del marxismo fue criticada no sólo desde la “derecha” (desde el dogmatismo stalinista), sino también desde la “izquierda”, por una cantidad de marxistas que señalaban una oposición entre humanismo y revolución y sostenían que el marxismo es una teoría de la revolución, no un humanismo.

Quienes piensan que la “revolución” (no el humanismo) debe tomarse como el concepto fundamental del marxismo, sostienen que el mundo en que vivimos está tan completamente pervertido que sólo podría ser “mejorado” si se lo destruyera y reemplazara por un mundo básicamente diferente; en otras palabras, mediante ese cambio radical al que llamamos “revolución”. La “humanización”, en el sentido de la mejora gradual del mundo inhumano existente, sólo podría aumentar las posibilidades de supervivencia de ese mundo. Y el “humanismo”, en tanto teoría que predica esa “humanización” gradual, es esencialmente una ideología conservadora e incluso reaccionaria.

Esas críticas fueron rechazadas por quienes pensaban que el concepto de “humanismo” es esencial para el marxismo. Defendiendo sus propias interpretaciones humanistas del marxismo, algunos de ellos prefirieron prescindir del concepto de revolución. Y algunos incluso sostuvieron que la revolución, como destrucción violenta de las relaciones humanas, es forzosamente inhumana, y no puede servir como medio de transición hacia una forma nueva, superior, de sociedad humana. De este modo, hoy nos encontramos ante una opción: debemos rechazar el humanismo en nombre de la revolución, o debemos condenar la revolución en nombre del humanismo. ¿Es ésta una alternativa ineludible? ¿O podemos tratar de elaborar un punto de vista que integre tanto al “humanismo” como a la “revolución”?

En una serie de artículos que he publicado desde comienzos de la década de 1950, los conceptos de “humanismo” y “revolución” desempeñan un papel esencial. En esos artículos está implícita la idea de que el “humanismo” y la “revolución” no son incompatibles. No obstante, este punto de vista no fue analizado y elaborado de modo explícito. Por esa razón, la pregunta respecto de la relación entre humanismo y revolución, según se le plantea al autor del presente trabajo, es esen-



cialmente una pregunta autocrítica. ¿He sido correcto al integrar los conceptos de humanismo y revolución, o esa integración se debe a incoherencia y falta de pensamiento crítico?

II

El que la revolución sea deseable depende de cuestiones de definición y de asuntos de hecho. Depende del modo en que se use la palabra "revolución", pero depende también de cómo vemos la situación en el mundo contemporáneo.

Para empezar, no creo que la palabra "revolución" deba usarse, según se lo hace a veces, como otra manera de designar el reemplazo violento de las personas o grupos que tienen el poder. Si el traspaso del poder se produce dentro de una clase social, sería más conveniente hablar de "putsch" o "derrocamiento".

Sin duda, estoy mucho más cerca de los que consideran revolución al paso del poder de una clase social a otra. No obstante, no todo traspaso del poder de una clase a otra puede considerarse revolución. Si el poder pasa de una clase progresista a otra reaccionaria, deberá hablarse más bien de contrarrevolución.

No obstante, la toma del poder por una clase progresista, si ese poder no es empleado para cambiar el orden social, difícilmente merezca el nombre de revolución.

El nombre de revolución social puede aplicarse con más justicia al paso del poder a manos de una clase progresista acompañado por la construcción de un orden social nuevo y superior. Sin embargo, no todo reemplazo de un orden social inferior por otro superior es revolución; revolución se aplica solamente a la creación de una sociedad cualitativamente diferente. Más aún, la "diferencia cualitativa" puede tener "grados". En otras palabras, no todas las revoluciones son igualmente "revolucionarias". Sólo la revolución socialista, cuyo objetivo no es el reemplazo de una forma de explotación por otra, más progresista, sino la abolición de todos los tipos de explotación, la superación de todas las formas de auto-alienación del hombre, es revolución en su sentido más profundo y pleno.

¿Puede efectuarse un cambio radical de la sociedad mediante una transformación de las estructuras sociales? Creo equivocado pensar que la transformación de las instituciones sociales pueda esperarse del cambio del hombre, o que el cambio del orden social pueda preceder al cambio del hombre, que debería seguirlo de modo automático. La transformación de la sociedad y la creación del hombre nuevo sólo son posibles como dos caras estrechamente relacionadas del mismo proceso. Por consiguiente, es injustificado reservar la palabra "revolución" sólo para un aspecto de este proceso único. La palabra "revolución" debería aplicarse a un cambio radical en el hombre y en la sociedad, y sólo la revolución socialista, que crea un hombre y una sociedad desalienados, realmente humanos (comunidad social), es revolución en su sentido más pleno.

Dado este concepto de revolución, surge el problema de si aún es deseable y posible la revolución en el mundo contemporáneo. Por supuesto, no pudiendo realizar aquí un detallado análisis del mundo contemporáneo, me limitaré a señalar algunos aspectos destacados.

Si el socialismo fuera una realidad, en el sentido de una comunidad libre de hombres libres, toda charla acerca de la revolución carecería de significado. Pero, en ese sentido, el socialismo no existe en parte alguna. Por el contrario, vivimos en una época en la cual se practican en escala mundial las formas más brutales de la inhumanidad. Las guerras coloniales, la explotación de los países subdesarrollados y la opresión dentro de los desarrollados están más que documentadas. Sin dudas, hay países que pretenden ser "socialistas", o estar "construyendo el socialismo" con éxito; si estas pretensiones fueran verdaderas, algunas sociedades sólo necesitarían nuevas mejoras. Por desgracia, hay una cantidad de análisis demasiado convincentes que demuestran lo infundado de estas pretensiones. De este modo, sostenemos que la revolución social es aún una cuestión abierta en la escena mundial.

Sin duda, la pregunta respecto de si la revolución es posible y deseable podría también formularse en el contexto del interrogante respecto de si ha llegado el momento de la revolución, y cuáles podrían ser sus formas más apropiadas.

Sin discutir la importancia de esos problemas concretos (que de ningún modo son simples y fáciles) quisiera insistir en que ellos no pueden invalidar la tesis básica de que la revolución es en principio necesaria para el mundo contemporáneo. Las dificultades que se encuentren en el camino pueden ser grandes, pero no pueden negar la profunda necesidad de una transformación revolucionaria del mundo existente para que el hombre pueda subsistir y convertirse en plenamente humano.

III

¿Cómo se integra el humanismo en este concepto de revolución? ¿Debemos tratar de fusionarlo de algún modo con el punto de vista revolucionario, o debemos rechazarlo en nombre de la revolución?

De todas las objeciones que podrían hacerse al humanismo desde una perspectiva revolucionaria, nos limitaremos a analizar brevemente sólo aquellas que afirman que el humanismo es incompatible con una actitud revolucionaria porque es 1) políticamente infundado, y por lo tanto acrítico; 2) científicamente no elaborado, y por lo tanto abstracto, 3) antropológicamente ingenuo, y por lo tanto idealista, 4) socialmente superficial, es decir, oportunista, 5) tácitamente seudoneutral y universalmente tolerante, es decir, conservador, y 6) ideológicamente, un difusor de ilusiones, y por lo tanto reaccionario. Nuestras respuestas a estas objeciones no pretenden ser una defensa de todas las formas existentes de humanismo, sino más bien una tentativa de mostrar las potencialidades del humanismo revolucionario, marxista.



1. Una de las objeciones que a veces se plantea al humanismo es ser "filosóficamente infundado" o "acrítico", por concentrarse en el concepto de hombre y permanecer dentro de los límites de la "antropología" y la "psicología", ignorando grandes problemas "metafísicos" relativos a la naturaleza y los modos del Ser, como si el hombre pudiera existir (y ser comprendido) fuera del mundo, por sí mismo y solo.

Esta objeción tiene validez en algunos casos. Realmente hay humanistas sólo interesados en el hombre y que también piensan que las grandes polémicas metafísicas carecen de importancia para la comprensión del hombre. No obstante, el humanismo "acrítico", carente de fundamentos filosóficos, no es la única forma posible de humanismo. Si se entiende al humanismo como un pensamiento creador destinado a aprehender y co-crear la esencia del hombre, no hay razón para evitar esas profundas cuestiones metafísicas cuya aclaración resulta necesaria para comprender al hombre. Lejos de estar confinado a una actitud "agnóstica" o "escéptica" ante las grandes cuestiones ontológicas, el humanismo es naturalmente "llevado" hacia ellas. Y esta "tendencia" natural ("Angewiesenheit", como dirían los alemanes) no ha permanecido como una pura posibilidad. En el pensamiento de Marx, las intenciones humanistas están ligadas a la investigación de las cuestiones "metafísicas" más profundas y los problemas de la vida cotidiana.

2. Al humanismo también suele objetársele el permanecer demasiado alejado de los problemas reales de la vida. El hombre no existe como Hombre en general o como Naturaleza Humana unificada. Es un ser complejo que posee muchos aspectos diferentes (biológicos, económicos, políticos, artísticos, científicos, religiosos, etcétera). Es un ser histórico cuya condición cambia de una época histórica a otra. Es un ser socialmente diversificado, dividido en clases sociales y otros grupos. Y es también un individuo, teniendo cada "especimen" características únicas. De este modo, sólo una investigación científica del hombre, que tuviera en cuenta su condición compleja y diferenciada, podría ayudar tanto a elaborar una imagen compleja del hombre como a cambiar el mundo de un modo humano. En otras palabras, lo que necesitamos no es un enfoque humanista abstracto y superficial, sino un estudio científico concreto.

Esta objeción también parte de una incompreensión del humanismo. El reconocimiento de una condición humana común no niega que esa condición sea compleja, ni que pueda asumir diferentes formas históricas y sociales. Tampoco un análisis "ontológico-antropológico", filosófico, del hombre requiere un repudio de la investigación científica de los diversos aspectos o formas del ser humano. Por el contrario, semejante análisis filosófico hace posible y requiere una mayor investigación concreta del hombre. En otras palabras, la idea de que el humanismo debiera separarse estrictamente de la indagación científica es una idea infundada, y aparentemente la opuesta de que debe separárselo del ámbito de la ontología. Ambas ideas se basan en el mismo supuesto infundado de que el humanismo debe limitarse a la provincia de una antropología pura.

3. Otra objeción al humanismo se relaciona no con su objeto o enfoque, sino con su "contenido". Afirma que el humanismo es demasiado ingenuo y optimista puesto que ve meramente el lado "positivo", "bueno", "virtuoso" del hombre, pasando por alto sus aspectos "negativos", "malos" o "pecadores". Los humanistas consideran al hombre como un ser libre y creador, que progresa hacia formas siempre superiores y enriquece su propia vida transformándose a sí mismo y al mundo no humano de un modo humano. No obstante, dice la objeción, el hombre no es sólo bueno, justo, virtuoso, libre y creador; también es malo, demoníaco, inmoral, peligroso y destructivo. Ambos aspectos son igualmente partes de la condición humana y no hay razones para olvidar el último aspecto.

Por más convincente que parezca esta objeción a la ingenuidad del humanismo, quizás ella misma sea ingenua. Quienes afirman que el hombre es básicamente un ser libre y creador no quieren negar la posibilidad de que sea no libre y no creador (y, de hecho, lo ha sido). La falta de capacidad creadora y libertad son modos de ser de un ser libre y creador. En otras palabras, sólo un ser que puede ser libre y creador, puede también ser no libre y no creador. Un ser que no puede ser libre, tampoco puede ser no libre. Lejos de negar la existencia alienada de sí mismo del hombre, el humanismo marxista considera a la alienación como una posibilidad y una amenaza permanentes. Si el hombre fuera meramente "bueno" y si no tuviese un aspecto "inhumano" el requerimiento humanista de un cambio radical del hombre carecería de significado.

4. Una cuarta objeción al humanismo está dirigida no contra sus tesis sobre la condición del hombre, sino contra sus análisis de la sociedad contemporánea y sus metas sociales básicas. Sin ir a las raíces de los problemas sociales presentes (dice la objeción), los humanistas ven sólo pequeños defectos en el sistema existente y, en consecuencia, requieren una serie de reformas pequeñas, que "humanicen" gradualmente el sistema social existente. No obstante, la sociedad existente no es sólo insuficientemente humana, está gravemente deshumanizada y pervertida. Así, para su humanización se requiere un cambio radical, revolucionario.

En realidad, algunos humanistas han sido de hecho reformistas y oportunistas, pero ésa no es una consecuencia necesaria del humanismo como tal. Un humanista coherente debe exigir la superación de toda inhumanidad y esto sólo puede lograrse mediante un cambio cualitativo. De este modo, lejos de oponerse al requerimiento de un cambio revolucionario radical, un punto de vista humanista lleva lógicamente a él. Por otra parte, quienes insisten en la inhumanidad radical del mundo contemporáneo y exigen su humanización revolucionaria no pueden prescindir del concepto de humanismo.

5. Una quinta objeción al humanismo se refiere a los métodos mediante los cuales alcanza sus metas. Según esta objeción, el humanismo predica el amor, el respeto, la comprensión y la tolerancia para todos, a causa de que cada hombre, según el humanismo, con independencia de



sus propiedades individuales, posee una condición humana común. Al recomendar un igual amor para todos como medicina universal, el humanista se niega a hacer diferencia entre los grupos sociales o los individuos y no quiere mostrar preferencias ni dañar a nadie. Semejante actitud "neutral", que ignora la diferencia entre el rico y el pobre, el explotador y el explotado, el opresor y el oprimido, el feliz y el infeliz, es en realidad una opción destinada a tolerar tanto a opresores como a explotadores.

Una vez más, esta objeción es apropiada para algunas formas del humanismo e inadecuada para otras. Si la exigencia humanista de un igual amor para todos se toma con seriedad, no puede significar tolerancia a la explotación y la opresión. Si todo hombre debe ser tratado con respeto, esto significa que deben abolirse aquellas estructuras sociales donde los hombres son tratados como objetos de explotación y opresión, como cosas a las que se usa y de las que se abusa sin piedad en favor de una minoría privilegiada. El amor y la exigencia de un cambio revolucionario del mundo están así estrechamente ligadas.

6. No obstante, dice la sexta objeción, la prédica de amor, respeto y bondad, aun cuando se piense que permite o recomienda el cambio revolucionario, sigue siendo conservadora e incluso reaccionaria si se niega a participar en ese cambio revolucionario. Y ése es realmente el caso del humanismo moderno. Dice bellas frases sobre el hombre, la libertad, la capacidad creadora y la honestidad, al mismo tiempo que ignora la realidad, donde no se encuentran rastros de esas bellezas. De este modo, crea y difunde ilusiones acerca del mundo en que vivimos, oculta la verdad y ayuda a preservar el mundo existente.

No cabe duda de que la fraseología humanista puede servir y ya ha servido a esos propósitos. Pero el humanismo no es la única teoría de la que se ha abusado de este modo. Toda teoría filosófica, si es reducida a una mera fraseología vacía de su contenido real, puede ser mal empleada con propósitos reaccionarios. De esta manera, si el humanismo revolucionario es objeto de estos abusos, no puede inculpárselo por ello; la responsabilidad es de aquellos que abusan de él.

IV

La mayor parte de las objeciones anteriores al humanismo desde una postura supuestamente revolucionaria se basaban en una incomprensión del humanismo y de su reducción a alguna de sus formas históricas. De modo semejante, diversas objeciones a la revolución desde una perspectiva humanista se basan sobre todo en la incomprensión de la esencia de la revolución.

Entre las muchas objeciones imaginables a la revolución consideraremos brevemente sólo aquellas que dicen que la revolución es: 1) sangrienta, y por lo tanto inhumana, 2) minoritaria, y por lo tanto antide-

mocrática, 3) necesaria, pero no suficiente, 4) posible, pero no necesaria, 5) a veces útil, pero a menudo perjudicial, 6) retórica, y por lo tanto pasible de abusos. Sin duda, pueden hacerse muchas otras objeciones a la revolución, pero no es nuestro propósito presentar una enumeración completa.

1. De acuerdo con una objeción, la revolución, como derrocamiento violento que supone derramamiento de sangre y crueldad, es inhumana, y así debe evitarse. Con toda seguridad, quienes hacen esta objeción admiten que no todas las revoluciones son igualmente sangrientas, y que en su mayor parte no consideran a la violencia como una meta en sí misma. El terror y la brutalidad fueron considerados las más de las veces como herramientas para construir una nueva sociedad. Pero las herramientas inhumanas no pueden ser de mucha utilidad para el logro de metas humanas.

Esta objeción parte de la observación histórica correcta de que muchas revoluciones sociales del pasado, de hecho, supusieron derramamiento de sangre y crueldad. Pasa por alto el hecho de que las épocas de contrarrevolución y dominio conservador "pacífico" a menudo supusieron aun más y más derramamientos de sangre y crueldad. Quienes hacen esta objeción también sostienen correctamente que altas metas humanas no pueden alcanzarse mediante bajos medios inhumanos. Pero suponen acriticamente que el terror y la brutalidad son elementos esenciales de la revolución. Sin embargo, la esencia de la revolución no es la crueldad, sino la creación de un hombre y una sociedad cualitativamente diferentes. Sus metas no pueden alcanzarse sin el empleo del poder, pero tampoco pueden alcanzarse mediante la sola violencia.

2. Otra objeción a la revolución afirma que, aun cuando no sea brutal, es antidemocrática, por ser un cambio social radical impuesto por una minoría contra la voluntad de la mayoría. Todos los cambios en que la mayoría está interesada pueden lograrse mediante la evolución gradual, sin recurrir a la violencia, la fuerza y la revolución.

Esta objeción ignora también el hecho histórico de que durante siglos las minorías han gobernado sobre las mayorías y que para su derrocamiento fue necesario el uso del poder por parte de la mayoría. De este modo, no hay fundamento para sostener que la revolución es forzosamente una acción minoritaria. Por el contrario, la revolución en su sentido pleno es una actividad creadora colectiva en la cual participa la mayoría. Sólo la mayoría puede cambiar fundamentalmente, mediante su propia actividad, a sus propias relaciones sociales y a ella misma.

3. Una tercera objeción a la revolución afirma que, aunque puede ser una precondición para la construcción de una sociedad verdaderamente humana, no es una condición suficiente. Una revolución puede derrocar un gobierno conservador o destruir instituciones opresivas, pero eso no es suficiente. Al período de la destrucción revolucionaria debe



seguir un desarrollo “positivo” o “constructivo” que cree nuevas relaciones humanas.

Sin duda, podríamos estar de acuerdo con este requisito, pero el concepto de revolución no puede reducirse a un cambio político. Lo que en la objeción anterior se considera como período post-revolucionario es en realidad la esencia de la revolución. Como ya se dijo, la “revolución” que no es seguida por la creación de un hombre y una sociedad nueva no es una revolución, sino un “putsch” político. Ninguno de los grandes revolucionarios estaba dispuesto a reducir la revolución a un mero “putsch”. La revolución, según la concebía Lenin, es “un proceso increíblemente complejo y doloroso mediante el cual se borra lo viejo y se da nacimiento a un nuevo orden social, un nuevo orden de vida para decenas de millones de personas”.

4. Según una cuarta objeción, aunque la revolución puede ser un modo de superar la alienación humana y establecer una sociedad realmente humana, no es el único modo de hacerlo. Una sociedad realmente humana también podría establecerse mediante la evolución lenta, por medio de una cantidad de cambios pequeños y continuos. Por consiguiente, la insistencia en que la revolución es el único camino posible hacia una sociedad humanista puede resultar sumamente perjudicial, al impedir el uso de formas y métodos que podrían ser más eficaces en algunas situaciones históricas.

Pero la revolución, en tanto “proceso increíblemente complejo y doloroso” incluye los cambios pequeños, continuos. De este modo, no hay necesidad de suponer una oposición insuperable entre “revolución” y “evolución”. La cuestión decisiva es, empero, si la serie de cambios pequeños permanece dentro de los límites del orden social existente, o si niega e inaugura una comunidad de hombres básicamente diferente. En el primer caso nos encontramos ante un proceso que ayuda a mejorar y fortalecer el orden social existente; en el segundo caso se trata de un cambio cualitativo o revolución. Es imposible tener un cambio cualitativo sin revolución simplemente porque la revolución es ese cambio cualitativo.

5. Una quinta objeción a la revolución diría que, aunque ella puede ser en principio necesaria, podría ser indeseable en una situación histórica concreta, en la que aún no están maduras las condiciones para la revolución. La revolución en todas las situaciones conduce a un aventurerismo que produce grandes perjuicios a las fuerzas sociales progresistas dando a los reaccionarios una favorable excusa.

Una respuesta simple es que la actitud revolucionaria no requiere la revolución en todas las situaciones. La tesis de que sólo la revolución es capaz de crear un hombre y una sociedad nuevos no equivale a la tesis de que todo momento es adecuado para una revolución social. Una actitud revolucionaria y una prédica aventurerista de la revolución social que ignore la situación, son dos cosas que nada tienen en común. Los revolucionarios subrayaron a menudo que la “situación revolucionaria” es

una precondition necesaria para la revolución. Pero no caben dudas respecto de que una actitud revolucionaria también se opone a esa actitud oportunista para la cual el tiempo de la revolución nunca llegará. Con toda seguridad, no puede haber garantías de éxito revolucionario, pero tampoco es posible ser hombre sin estar preparado para correr algunos riesgos humanos.

6. Una sexta objeción a la revolución está realmente dirigida contra el mal uso de la fraseología revolucionaria. Aunque la revolución misma puede ser deseable, dice esta objeción, la charla sobre la revolución puede ser un velo usado para ocultar el oportunismo de algunas personas que, sosteniendo que se están preparando para alguna gran revolución del futuro, se abstienen de realizar algunas acciones progresistas supuestamente “pequeñas” en el presente.

Una vez más, no estamos aquí ante una objeción a la revolución, sino ante la posibilidad de abusar de una teoría, una posibilidad que existe para toda teoría y de la cual no puede hacerse responsable a ninguna teoría. A una teoría sólo puede hacérsela responsable de las consecuencias que se siguen de ella. De este modo, la revolución no puede ser responsable por las distorsiones y el mal uso contrarrevolucionarios de la teoría revolucionaria. Por el contrario, las teorías y las prácticas oportunistas y contrarrevolucionarias pueden ser denunciadas con la ayuda de una teoría y una actividad verdaderamente revolucionarias.

V

Podemos volver ahora a la pregunta central de la cual partimos: ¿debemos rechazar al humanismo en nombre de la revolución, o debemos condenar a la revolución en nombre del humanismo?

Tengo la esperanza de que el análisis anterior haya demostrado que ésta es una alternativa falsa. El humanismo coherente que no quiere detenerse a mitad de camino exige una negación radical de la inhumanidad existente y la creación de una sociedad diferente, realmente humana. En otras palabras, exige la revolución. Por otra parte, la revolución verdadera no puede conformarse con pequeños cambios sociales, requiere la creación de un hombre y una sociedad cualitativamente diferentes, realmente humanos. En otras palabras, requiere una humanización radical del hombre y la sociedad existentes.

Todo el contenido de este artículo podría así sintetizarse en la tesis de que no puede existir un humanismo auténtico sin una actitud revolucionaria real, ni una actitud verdaderamente revolucionaria sin un humanismo real. El humanismo revolucionario es el único humanismo completo, y la revolución humanista es la única revolución verdadera. En otras palabras, el humanismo revolucionario y una actitud revolucionaria humanista son una y la misma cosa.

Todas nuestras respuestas a las objeciones estaban dirigidas en la



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

misma dirección básica: demostrar la imposibilidad de separar el humanismo y la revolución, y demostrar que el humanismo revolucionario y la revolución humanista son la única alternativa de nuestro tiempo. Estas respuestas incluían muchas repeticiones. Pero en una época en que la humanidad es repetidamente amenazada y violada por la inhumanidad agresiva, una repetitiva insistencia en el humanismo y en la revolución parece algo indispensable.

CAPÍTULO XXI

¿QUE SIGNIFICA “SER MARXISTA”? *

Adam Schaff

Erich Fromm es un pensador que consciente y manifiestamente se ha inspirado en el marxismo. Pero no es, y por sus intereses no podría serlo, un mero intérprete de las ideas de otro hombre; por el contrario, es un pensador original que, con independencia de las fuentes que puedan estimularlo, sigue su propio camino y abre nuevos campos. En consecuencia, a menudo ha sido centro de controversias, y nunca en una medida mayor que cuando se ha tratado de “clasificarlo” en esta o aquella escuela. Estos intentos inevitablemente chocaron con dificultades, y lo mismo puede decirse acerca de la controversia sobre la relación de Fromm con el marxismo. Para cada uno de los argumentos empleados para demostrar que es un marxista, se ha encontrado otro para probar lo contrario.

Evidentemente, encasillar a un pensador no es lo más importante. Tampoco es una tarea particularmente simple cuando se está ante un espíritu creador e innovador; por cierto, por lo común la tarea resulta prácticamente imposible. No obstante, puede ser un gratificante ejercicio en la medida en que eche nueva luz sobre un cuerpo de trabajo y las corrientes intelectuales contemporáneas. Esta es la idea básica del presente ensayo. No me propongo “clasificar” a Fromm o juzgarlo de acuerdo con las normas de la ortodoxia marxista. Esto no tendría sentido. Perteneczo a las personas que tienen en muy alta estima no sólo su labor como filósofo sino también su posición como hombre. Estoy convencido de que no sólo se ha inspirado en el marxismo sino de que también ha abierto nuevas rutas a la investigación dentro del enfoque marxista. De este modo, me parece fecundo y justificado considerar la obra de Erich Fromm desde esta perspectiva, en especial para quien es un marxista. Las siguientes observaciones son presentadas así como una contribución teórica para la realización de un análisis de este tipo.

Preguntas como “¿Qué significa ser un marxista?” o su complemento: “¿Qué significa ser un revisionista?”, no son nuevas. Se las ha reformulado en todos los períodos y cada vez que a la palabra “marxista” no se le dio la grosera y simplista interpretación de un partidario de determinada doctrina “ortodoxa”, en el sentido de una fidelidad absoluta a la enseñanza de los maestros.

* Copyright 1971 de Adam Schaff.